

Allí va á cobijarse, exánime, rendido, sin fuerzas, con el ansia de la paz y el sosiego en el corazón.

Y allí le sorprende el relámpago más fulgurante, el trueno más horrible, como si se hubiera derrumbado todo un mundo en la sombra, ó un ángel poderoso de luz se hubiera desplomado desde el cielo al abismo.

■■■■■■■■■■

VIII

EL FAUNO

Era algo á modo de un ingreso corintio. Ocho columnas pareadas con el hueco de en medio sólo practicable, mediante el acceso por tres escalones de mármol. Sobre los capiteles de hojas acanteas, un friso labrado y un ático coronado por un escudo de piedra. Todo formaba una estrecha crujía tras la cual aparecía abierta una verja de hierro y en el fondo un inmenso jardín cortado en dos por una larga avenida de tilos. Tenía aquello, más que de granja, aspecto de mansión señorial, de verjel hecho para ser habitado por hombres afeminados como los de las églogas de Florián, ó sencillos como los de la Arcadia de Pausanias.

Entró César y apoyóse en la verja. Su frente ardía, al par que temblaba su cuerpo vigoroso empapado por la humedad. Absorto é inmóvil permaneció así mucho tiempo; ¿cuánto? No podría

decirlo. Es el tiempo acaso tan sólo el orden de las sensaciones y él no sentía entonces la menor impresión; padecía una especie de colapso en que no podía percibir ni siquiera la armonía sublime del silencio. Así tampoco advirtió como, poco á poco, fué cesando la lluvia y las nubes deshechas en pardos jirones, se fueron agolpando hacia el Oeste para formar allí un manto cárdeno. No pudo ver cómo la luna casi en su plenitud bañó en luz todo aquel panorama. La vida es movimiento y, cuando éste cesa, la función cerebral se suspende. Entonces el universo es sólo un punto, como debe serlo para la ostra agarrada á la roca cubierta de líquenes.

Como siempre que en pleno estío y en abierta campiña cesa de noche la tormenta, un vaho de tierra impregnada en aromas, en húmedos gérmenes, en imponderable fecundidad se extendía por el dilatado recinto. En aquel olor á tierra mojada, en aquellos boscajes á medias alumbrados por un reflejo pálido, y que parecían más gigantes, más exuberantes, destilando las gotas de lluvia como diamantes transparentes sobre los prados de jazmines y de dondiegos, en el cielo cubierto en parte de nubarrones y á trechos esmaltado de constelaciones fulgurantes; en todos aquellos contrastes de luz y de sombras, de reposo y de vida, de tormenta y de calma, de sombras que se extienden en las frondas secretas y fulgores

que se dilatan por los paseos enarenados, como estelas de una nave fantástica; en todo el misterio de la noche en que parecía la naturaleza aromatzada dilatarse y hacer eclosión, había algo de solemne y nupcial. César sintió por fin la intensidad de los ruidos minúsculos, de los rumores imperceptibles, de los perfumes ligerísimos, de los haces de luz más tenues, de los leves chasquidos, de los brotes como beso amoroso en los desposorios eternos de la tierra y los astros en el seno de la noche nupcial.

Levantóse y entró en el jardín.

Pero pronto quedó sobrecogido como el viejo cura de Maupassant, cual si hubiera penetrado en un mundo en que no tenía derecho á fijar su planta. Sí. Era un mundo demasiado gentilico, era el alcázar de Eros. La noche, el bosque, el perfume, el vaho de tierra mojada formaban un conjunto demasiado espléndido y demasiado humano. Todo allí clamaba al amor, y sobre aquella senda que se extendía bajo los tilos á la luz de la luna como cinta de plata, sólo faltaban los personajes del perdurable dúo. Romeo interrogando el canto de la alondra, Gretchen deshojando los blancos pétalos, acaso Mefistófeles, el diablo moderno con su sonrisa escéptica, asomando bajo su rojo disfraz de caballero la horrible pezuña con que aplasta la ciencia wolfiana.

Sentóse sobre un banco. En frente, en medio

de una plazoleta bañada en luz, estaba una fuente y en medio parecía saltar un fauno desnudo, hollando con un pie un odre henchido y sacudiendo el otro en grotesca danza. Parecía escucharse la flauta de la airosa figura, en arpegios fantásticos, como se escuchaba el rumor de las hojas, columpiadas por las postreras ráfagas de la tormenta que sonaba muy lejos, como una imprecación ó una triste salmodia del coro antiguo.

Y así, absorto, petrificado, suspenso, no vió acercarse una hermosa y aérea figura por el ancho sendero, ni se dió cuenta de su presencia, ni contempló su faz angustiada, su expresión dolorida, su ademán suplicante, hasta que pronunció, dulce y tristemente, esta sola palabra:

— ¡César!

¡Ella! La tormenta se la arrojaba allí, en medio de aquel perdido edén, á la claridad de la noche, como suele arrojar en el granizo mil extraños seres microscópicos. Ó tal vez habría surgido allí mismo, á misteriosa evocación satánica, como aparece una flor en un surco pasada la lluvia, sin que nadie la siembre, sin que se sepa cuándo, en qué hora, ni en qué minuto abrió su capullo y dilató su cáliz para recibir el contacto de las auras nocturnas en la total renovación de la naturaleza madre.

— ¡César! — repitió la aparición. Y, en la penumbra, pareció tenderle los brazos.

¡Maldición! Era ella. Sus labios bermejos parecían entreabrirse pidiendo un ósculo. Sus ojos, negros, rasgados, enormes, húmedos por el llanto, encendidos por la pasión, semejaban carbunclos; sus cabellos negros, abundosos, arrollados en ondas y bucles y cascadas de lustroso ébano, bajaban arrollados sobre las sienes y la garganta demandando caricias. Era alta como Ruth, flexible y delicada como Rebeca. El infierno se la traía y él se hallaba sin fuerzas para resistir al infierno.

— ¡César! — repitió Octavia. — ¿Por qué vienes?

Irguióse el infeliz, pálido, demudado, perdida la razón, como el gladiador puede alzarse, después de sentir hendirse sobre su frente el casco.

— ¡No! ¡Mientes! — balbució. — No soy yo quien aquí ha venido. ¡Ha sido la tormenta que allá á lo lejos aún tabletea! Han sido esas nubes negras que se atropellan, esa lluvia que llora en las ramas, ese fragor que aun siento bajo mis pies. No he sido yo quien te ha buscado, sino mi culpa que hace regocijarse á Satán. Y aquí estoy, yo no sé si á matarte ó á besarte en la boca, á salvarte ó morir contigo, á elevarte á donde todo se purifica, ó á arrastrarte conmigo para siempre á la región donde siempre se sufre y no se perdona!

— ¡Vete, por Dios, vete! — gimió la desdichada.

— ¡Sí me marcharé! — rugió César enloquecido. — Pero ¿cuándo? Cuando se agite la primer sombra ó cuando se escuche el primer trino? ¿Cuando te haya contado todo lo que he sufrido por ti ó cuando haya enmudecido por siempre y no encuentre palabra para poder orar? ¿Cuando me haya arrojado á tus brazos culpables como fiera sedienta ó cuando te haya sofocado en los míos para devolver al infierno su presa y cumplir mi venganza?

— ¿Tú no sabes que he esperado tu regreso — dijo Octavia con acento amarguísimo, — como se espera en la vida una sola vez; que he pasado las noches en vela y los días abrasada de fiebre, esperando encontrarte de nuevo, no para que me quisieras, no ya para que me perdonaras, sino para recibir como un bien de tus manos la muerte? Ya no puedo ser tuya, César. Prefiero cien mil veces ser aniquilada. Soy honrada, soy buena, he dado mi mano á otro ser cariñoso; antes que sucumbir, moriré cien veces. Mátame si es tu gusto.

— ¿Y por qué he de matarte? — interrumpió delirante César. — Yo no quiero que mueras, sino que vivas para siempre. Yo no quiero que me ames aquí abajo, sino que seas mía donde nada se acaba y todo es eterno. ¿Lo oyes? dijo sacudiéndola de la mano. Quiero que me ames á mí solo allá arriba. ¿Lo oyes? ¡Allí! Mucho más allá de la luna, mu-

cho más allá de los soles y de los mundos. — Y señalaba con su mano convulsa el cielo fulgurante. — Y si tú lo impidieras, si te cruzaras en mi camino, si pretendieras volverme débil, te rechazaría, como se rechaza á un animal dañino con el pie!

Octavia temblaba.

— Pero antes — siguió el mísero — quisiera que durara un siglo esta noche, para decirte cuánto te aborrezco y te quiero, te adoro y te maldigo. Para recordarte las horas felices y las amargas, para contemplar en tu cara mis deseos marchitos y en tus ojos mis ilusiones olvidadas. Y quisiera mirarte y mirarte más y nunca separar de tu cara mis ojos. ¡No, la noche no puede acabarse sin que yo me resarza de diez años de lágrimas y de rugidos y de sollozos! ¡Ven, mujer miserable, ven, no te apartes, que te quiero mirar más aún!

La sujetaba de las muñecas y la miraba ávidamente á la faz hermosa, como un alienado, como un triste en el vértigo mira al abismo.

La noche era cada vez más serena, sus perfumes más penetrantes, su rumor más solemne, su grave majestad más augusta. El surtidor seguía fraseando su ritmo argénteo sobre la taza de la fuente y encima de sus ondas danzaba el fauno.

Por instinto, por impulso inconsciente, comenzaron á caminar por el sendero luminoso. Ella, sin fuerzas, dolorida, apoyóse sobre él y comenzó la

marcha, silenciosa, pausada, á la luz de la luna, entre los árboles gigantescos, más allá de los cuales era absoluta la obscuridad.

— ¡No, nunca te amaré! — murmuró Octavia.

— ¡Ni yo á ti! — balbució el desgraciado.

Siguieron su camino. A lo lejos se escuchó el canto melodioso de un pájaro. Fueron sólo dos notas delicadas, seguidas de algo cadencioso y dulcísimo, como un tema de amor.

Se detuvieron. Allí estaba la granja, cerrada, silenciosa. Todo el mundo dormía.

Siguieron otro más angosto sendero. Las sombras de las hojas fingían en el suelo mariposeos y se espesaban cada vez más.

— Nos separaremos ya para siempre — dijo ella.

— ¡Para siempre! — sollozó él.

Otra vez el viento movía las frondas; nuevamente el pájaro preludiaba su trino, volvía á enviar sus effluvios, impregnados de aromas; la tierra madre.

Se miraron: los ojos fulguraban, las bocas se entreabrían. La atracción era irresistible... y se besaron.

Se besaron con un beso ardiente, interminable, satánico, doloroso, en fuerza de ser carnal.

Y entonces la luna se ocultó en las entrañas de una nube y el ramaje agitó sus frondas y sobre el

más elevado almez, hizo vibrar el ruiseñor el espacio con sus notas dulcísimas, como si, por un rayo de luna, hubiera descendido de lo alto un arpegio, ó sobre las rocas de la fuente el fauno de bronce tañera su flauta.

■■■■■■■■■■

IX

DE ENRIQUE Á OCTAVIA

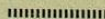
« Pasado mañana llego.

No salgas á esperarme, pues aún no sé á qué hora habré terminado la liquidación con el Banco y podré partir.

Tomaré un caballo en Hontanera.

Te abraza apasionadamente

ENRIQUE. »



MIENTRAS SE RIEGAN LAS PATATAS

Por fuerza debía ser de gran interés el asunto, porque Nicasio había dejado el azadón, y el agua, después de inundar las regueras, desbordaba en el patatar formando pequeñas lagunas. Limpiábase el gañán el sudor con el reverso de la mano y, al hacerlo, se alzaba su blusa corta de cuadros azules y negros, adornada con cintas, dejando al descubierto una larga faja, que, á juzgar por el bulto, debía servirle de faltriquera, alacena, archivo y arsenal.

En cuanto á la tía Geta, no hay sino decir que se había sentado junto á una frondosa planta de alubias, sin parar mientes en que el sol caía sobre ella á plomo con una fuerza capaz de derretir un cerebro menos fuerte y pesado que el suyo.

— Yo lo que le digo á usted, tía Geta, es que

ese hombre es un santo — dijo por fin el del canallillo.

— Ante todo, no me llames tía Geta, ¿sabes? — saltó la buena mujer. — Salustiana Vilches me llamo, á Dios gracias, y no hay por qué andarse con apodos.

— Dispense usted, tía Geta.

— ¡Y dale!

— ¡Si es que todo el mundo la llama á usted así! ¿Qué culpa tengo yo de que nadie se acuerde de su nombre de pila?

— Porque todo el mundo — saltó la arpía — está contra mí en Torreparda. Pero algún día puede ser que la geta le salga á alguno de un guantazo; que, aunque mujer, sé tenérmelas tiasas con el más pintado.

— Bueno; pues mire usted, señora... ¿cómo ha dicho?

— Salustiana.

— Cabales. Pues oiga usted, señora Salustiana: eso de que el cura es un santo se sabe ya en diez leguas á la redonda.

— ¡Buen santo te dé Dios!

— No, no crea usted que es mentira. El sacristán podrá ser una acémila, pero lo que es como mentir, no miente.

— ¿Y qué dice ese chupacirios?

— Que el cura no sale más que de la iglesia á su casa y de su casa á la iglesia; que no habla una

palabra con nadie más que con él y Nila, y que ¡vamos! que hace unas cosas que, á no ser santo, no hay quien sea capaz de hacerlas.

— ¡Tá, tá, tá!

— No; si no es tá tá. En primer lugar, don César ayuna todos los días. Y no es el suyo un ayuno cualquiera como el del Alcalde, que cuando dice que ayuna, se come una fanega de garbanzos. Por la mañana, un vaso de leche; al mediodía, unas sopas de ajo; por la noche, chocolate sorbido y en paz.

— Se va á quedar bonito.

— ¡Como que ya se le conoce en la cara la vida que lleva! Aquellos ojos que tenía tan negros y grandes, que parecía que se lo iban á comer á uno, los tiene ahora metidos en el cogote. Y, además, se ha puesto muy amarillo y muy seco. En fin, que se ha desmejorado una barbaridad.

— También puede ser — dijo la tía Geta — que haya perdido el apetito y no pueda comer más que golosinas.

— ¿Y de lo otro, qué me dice usted? — interrogó Nicasio.

— ¿Qué es lo otro?

— ¿Lo de dormir sin desnudarse sobre un tablado que da compasión? Hará ocho días, dos después del de la tormenta, que fué descalzo de pie y pierna hasta Hontanera, más de tres leguas, y volvió lo mismo. Es decir, lo mismo no, porque

traía los pies igual que si se los hubieran desollado. Y venía rezando y ni se enteró siquiera de que le miraba medio pueblo al entrar en su casa. Luego Nila comenzó á gritar que llamaran al cirujano, que su amo había perdido el sentido, y como aquí no hay más cirujano que Diego el albéitar, pues fué y le puso unos paños de sal y vinagre que debieron encenderle como lumbre.

— ¡Qué bárbaro! Eso debe ser una penitencia, y yo te digo que el que no peca no tiene por qué arrepentirse.

— Eso no — saltó el del canalillo, — que usted bien mala fama tiene en el pueblo, y si va descalza alguna vez es por no ponerse los zapatos; pero no porque se lastime los pies, que los tiene bien duros.

— ¡Y si te doy con uno vas á ver si están duros, insolente!

— No se enfade usted y oiga, tía Geta.

— ¿Otra vez?

— Bueno, tía Salustiana. Lo más bueno fué que, al desnudar á don César para acostarle, le encontraron en la cintura una cosa así como una cuerda con pinchos que le había puesto el cuerpo hecho una compasión.

— Sería un cilicio.

— ¿Un qué?

— Un cilicio. Dice el maestro que eso se lo ponían por penitencia muchos santos.

— ¿Lo ve usted?

— Sí: veo que eres un tonto como la rueda de un molino.

— ¿Por qué, tía Geta, digo, señora Salustiana?

— Porque crees que el mundo está lleno de santos, y esos santos comen y beben y descansan, mientras que tú trabajas como una bestia destripando terrones y quemándote los cascos al sol. Trabaja que trabaja días y días y nunca tienes una peseta para comprarle una cajetilla al tío Todo.

— También es verdad.

— ¡Si yo fuera hombre...! — gruñó la Salustiana.

— ¿Qué haría usted? — preguntó el gañán.

— ¿Qué haría? Pues salir un día al camino, y cuando pasara un ricacho de esos que nos miran á los pobres por encima del hombro, hacer que me entregara unos cuantos miles para poder divertirme yo también.

— ¡Claro! Y le ahorcarían á usted.

— ¿Ahorcarme? No iba á ser para tanto. No iba á matar á nadie. Me contentaría con amenazar para que me dieran el dinero.

— ¡Cabales! — dijo el del canalillo. — Pero como hay presidios...

— Sí, para los tontos — interrumpió la bruja.

— Lo primero que pasa es que en el pueblo no hay guardia civil.

— Pero la persona á quien se diera el susto conocería al ladrón, daría parte al día siguiente y á las dos horas estaba uno camino de Hontanera atado codo con codo.

— No seas animal, Nicasio. Si el que venía era un forastero y se le sorprendía de noche, y si además el que lo hiciera llevaba la cara tiznada y en bandolera cuatro trapos, ¿quién le iba á conocer?

— ¡Pues es verdad! — saltó Nicasio.

— Y además — siguió la serpiente, — en este mundo es necesario arriesgarse para ser algo. A menos que no quiera uno vivir siempre á rastras y morirse un día de hambre en la carretera, como, tarde ó temprano, te sucederá á ti.

Nicasio quedó pensativo. Pero en su ceño fruncido, en la contracción de los músculos de su fisonomía, curtida por los vientos y la solana, en su mirada vaga y torva, se adivinaba que en su cerebro inculto se libraba una lucha sorda y violenta.

El sol abrasaba. Debía ser el mediodía. A pesar de seguir el agua corriendo en las caceras, la tierra ávida la absorbía con sus pardas entrañas sedientas.

De pronto Nicasio dióse una palmada en la frente y dijo como si se le hubiera ocurrido algo en que no hubiera pensado hasta aquel mismo momento:

— ¡Qué tontos somos! ¡No parece sino que todos los días pasan viajeros con dinero por los caminos de Torreperda!

Sonrió la tía Geta, dejando ver dos horribles encías casi despobladas y, bajando la voz cuanto pudo, dijo al del canalillo:

— Todos los días no. Eso ya lo conozco sin que tú me lo digas. Pero yo sé que muy pronto ha de pasar uno.

— ¿Usted?

— Yo. ¿No sabes que tengo el sobrino cartero? ¿No sabes que para en mi casa? ¿No te acuerdas de que cuando viene muy tarde de Hontanera no reparte hasta el día siguiente?

Nicasio parecía embobado.

— ¡Un forastero! — dijo por fin.

— Y muy rico — saltó la vieja. — Un forastero que ha cobrado en el Banco y que traerá buena cartera y buen cinto.

El gañán se limpió otra vez el sudor.

— Usted quiere perderme, tía Geta — dijo.

— Yo quiero decirte lo que hay y luego tú haces lo que te parezca — contestó Salustiana.

— Pero el presidio...

— Del presidio se sale y de la sepultura no. Y lo que tú estás cavando todos los días es tu misma sepultura, só tonto!

— ¡Por vida de...!

— Y además, á presidio sólo van los que no saben hacer las cosas, no los que las calculan despacio antes de hacerlas.

— Oiga usted, señora Salustiana — dijo por fin

Nicasio. — Tenemos que hablar muy despacio. Pero no aquí, porque los matorrales oyen y me parece que hemos hablado demasiado.

— Vamos á donde quieras.

Recogió Nicasio el azadón, echósele al hombro y salió del patatar á la carretera seguido de su ángel malo.

Este le siguió, anudándose el pañizuelo á la barba.

Anduvieron poco más de un kilómetro sin cruzar una sola palabra, sin cambiar una mirada siquiera. Por fin entraron en la calle Real.

En la puerta del tenderete estaba leyendo el tío Todo.

— ¡Hola, señor Joaquín! — dijo adelantándose Salustiana. — Échenos usted dos copas de aguardiente.

— No quiero aguardiente — dijo con el ceño fruncido Nicasio.

— Pues déle usted vino blanco. ¿Qué le parece á usted, tío Todo, tienen ó no tienen razón las malas lenguas?

— Todo es una basura, mayormente — contestó el industrial.

— Cabales — dijo el del canalillo.

■■■■■■■■■■

XI

CONVERSACIÓN DE UN PENITENTE, UN NIÑO Y UN LOCO

No. Ya no era amor lo que César sentía. Era horror de sí mismo, aborrecimiento á toda mujer; afán insaciable de lo eterno. Su culpa le parecía abominable; hubiera querido despojarse de la carne que le cubría para convertirse en algo inmaterial, puro, incapaz de mancharse al contacto de las cosas terrenas. Era un verdadero delirio el que sentía, que hacía tomar plasticidad á todas las entelequias y atracciones; una sed rabiosa de virtud sin esperanza de recompensa; anhelaba ser perfecto, por serlo; *virtutis præmium, est ipsa virtus*. En esta máxima de Zenón estaba compendiada su extraña moral.

El ayuno, la mortificación, habían dejado en su cara huellas muy hondas; en los músculos de su fisonomía se veían esas depresiones violentas que